

El concepto de arqueología en Foucault

MICHEL CLARE O'FARRELL
FOUCAULT

Melvin Javier Paredes

Sub Director

Instituto de Desarrollo Humanístico (IDEHU)

Universidad Politécnica de Nicaragua (UPOLI),

Managua, Nicaragua, América Central

Correo electrónico: sdidehu@upoli.edu.ni

Resumen

Para el filósofo francés Michel Foucault el término «arqueología» no está asociado al uso científico convencional de estudiar las ruinas de una cultura o civilización ya desaparecida, ruinas que permanecen fijas en su mutismo, según transcurre el tiempo. Foucault emplea el término de dos maneras: simplemente como «arqueología»; la otra como «arqueología del saber». Ambas formas aparecen como títulos o subtítulos de sus obras. A Foucault le interesa un plano más subversivo. La arqueología viene a ser «cuestionamiento del saber», porque demuestra las «condiciones de aparición de las cosas». El filósofo se siente atraído por las diversas epistemes, las configuraciones que han dado lugar a las formas del conocimiento empírico, saberes que en definitiva cambian según el momento histórico, y que por lo tanto no pueden ser aceptados como fijos o eternos, ni válidos para todos en todas partes. El problema central que afrontaría el arqueólogo del saber, se puede resumir en «la revisión del valor del documento». Ahora el historiador busca detectar «la incidencia de las interrupciones». El problema central que afrontaría el arqueólogo del saber, se puede resumir en «la revisión del valor del documento». Ahora el historiador busca detectar «la incidencia de las interrupciones». Toda la «inquietud crítica» se dirige a un fin: «reconstituir, a partir de lo que dicen esos documentos –y a veces a medias palabras– el pasado del que emanan y que ahora ha quedado desvanecido muy detrás de ellos». El potencial de este «reconstituir», radica en su «interrupción», en su validez para el presente.

Abstract

For the French philosopher Michel Foucault, the term "archeology" is not associated with conventional scientific use to study the ruins of a culture or civilization that has disappeared, ruins that remain fixed in their silence, as time passes. Foucault uses the term in two ways: simply as "archeology" and the other as "archeology of knowledge." Both forms appear as titles or subtitles of his works. Foucault is interested in a more subversive level. Archaeology becomes questioning of knowledge "because it shows the conditions of appearance of things." The philosopher is attracted to the various epistemic configurations that have led to forms of empirical knowledge, knowledge that ultimately change according to the historical moment, and therefore can not be accepted as fixed and eternal, not valid for everyone everywhere. The historian's attention nowadays must shift to "phenomena of rupture." The central problem that would face the archaeologist of knowledge can be summarized as "the value of the document review." Now the historian seeks to detect "the impact of interruptions." All "critical concern" is addressed to an end: "reconstitute, from what those documents, and sometimes half-past words which emanate and which has now been faded far behind them." The potential of this "rebuild" is its "interruption" in their validity for the present.

Palabras clave: filosofía crítica, arqueología, genealogía.

Introducción

A Foucault (1926-1984) le preocupa la falsificación de la vida del sujeto moderno. El filósofo francés parte de una visión contaminada de la realidad. Su crítica violenta implica una «historización radical» que desacraliza el presente. La filosofía busca evidenciar la realidad configuradora del poder. Alienta la «estupenda eficacia de las críticas discontinuas, particulares y locales». Indaga en la posibilidad de alterar la realidad, transgredir el orden de las cosas, horadar espacios, «cuartear» el orden, resistir al poder de la “la jaula de hierro” (Weber) del sistema capitalista.

Foucault empleó una metáfora oportuna, la «caja de herramientas», para referirse a los instrumentos analíticos que emplea el investigador para «arreglar» filosóficamente los problemas del presente. Para hacer, lo que él mismo llama «el croquis topográfico y geológico de la batalla». Dentro de esta «caja de herramientas», dos conceptos claves –entre otros- del análisis foucaultiano, resultan ser el de «arqueología» y el de «genealogía». En el presente trabajo, me concentraré en el primer concepto, el de arqueología.

Al hablar de conceptos, hablamos de constructos metodológicos (Lanceros, 1996, p. 23), principios que guían la investigación científica

de forma lógica y sistemática. En el marco teórico foucaultiano, hay que hacer una distinción metodológica entre estos dos conceptos; es preciso fijar qué contenido se les adscribe y cómo se usan en cada caso (Álvarez, 1996, pp. 13, 14). Puesto que Foucault pulía continuamente sus ideas, el significado de ambos conceptos puede resultar complejo y difícil de comprender. Voy a referirme de forma esquemática a la arqueología como cuestionamiento del saber y como método, apoyándome en la forma en que lo hace Murillo (1997, pp. 39ss).

1. La arqueología como cuestionamiento del saber

En un sentido tradicional, la palabra arqueología, se refiere a la disciplina científica que estudia los materiales antiguos elaborados por los hombres y las mujeres en su huella histórica. Estudia los monumentos de la prehistoria y de la historia. Significa por extensión, el conocimiento de las cosas antiguas. Sin embargo, en un autor del talante de Foucault, el término «arqueología» no está asociado al uso científico convencional de estudiar las ruinas de una cultura o civilización ya desaparecida, ruinas que permanecen fijas en su mutismo, según transcurre el tiempo.

El uso del concepto «arqueología» en el medio filosófico aparece en la Crítica del juicio de Kant cuando habla de una «arqueología de la naturaleza». Husserl también la empleó para referirse al comienzo u origen de una investigación histórica. Foucault generalizó el uso del concepto con la publicación de La arqueología del saber en 1969. El capítulo IV de esta obra se intitula «La descripción arqueológica». Comienza refiriéndose a dicha categoría como a «un análisis», bautizado –según él- tal vez de forma «solemne» como «arqueología». Foucault la emplea de dos maneras: simplemente como «arqueología»; la otra como «arqueología del saber». Ambas formas aparecen como títulos o subtítulos de sus obras. En un caso habla por ejemplo de «una arqueología de la mirada médica»; en otro, de la «arqueología del saber». Foucault había usado el concepto para referirse al estadio libidinal en Enfermedad mental y personalidad de 1954, donde afirmó que «la neurosis es una arqueología espontánea de la libido» (1991^a, p. 36). Entonces, la arqueología no es la «disciplina de los movimientos mudos, de los rastros inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas dejadas por el pasado».

A Foucault le interesa un plano más subversivo. La arqueología viene a ser «cuestionamiento del



saber», porque sirve para demostrar las «condiciones de aparición de las cosas». El filósofo se siente atraído por las diversas epistemes, las configuraciones que han dado lugar a las formas del conocimiento empírico (Foucault, 1999b, p. 7), saberes que en definitiva cambian según el momento histórico, y que por lo tanto no pueden ser aceptados como fijos o eternos, ni válidos para todos en todas partes.

Foucault supera el sentido tradicional del término enfatizando otro nuevo, en que «la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento» (1997, p. 11), descripción «intrínseca» que se ha escapado al análisis tradicional. ¿Por qué le interesa hacer labor arqueológica? Para él, la atención del historiador debe desplazarse hacia «fenómenos de ruptura». La historia propiamente -las vastas unidades que se definían como «épocas» o como «siglos»- no ha estado interesada en la «irrupción de los acontecimientos». En el análisis de las ideas y del saber, interesan «los juegos de diferencia», los choques, los antagonismos.

El problema central que afrontaría el arqueólogo del saber, se puede resumir en «la revisión del valor del documento». Ahora el historiador busca detectar «la incidencia de las interrupciones» (Foucault, 1997, pp. 5, 8, 9). Toda la «inquietud crítica» se dirige a un fin: «reconstituir, a partir de lo que dicen esos documentos -y a veces a medias palabras- el pasado del que emanan y que ahora ha quedado

desvanecido muy detrás de ellos» (Foucault, 1997, p. 9). El potencial de este «reconstituir», radica en su «interrupción», en su validez para el presente. Como lo expresa en otra parte, «lo nuevo no está en lo que se dice, sino en el acontecimiento de su retorno» (Foucault, 1987, p. 24), para volver más efectiva la lucha específica del presente. Lo importante es que la arqueología como «descripción intrínseca del monumento» está vinculada a «fenómenos de ruptura», a la «irrupción de acontecimientos», a los «juegos de diferencia». La arqueología se ocupa del análisis del archivo: «describe los discursos como prácticas especificadas en el elemento del archivo» (Foucault, 1997, p. 223). El archivo determina nuestro presente. Lo rodea, se cierne sobre él, lo indica en su alteridad, lo delimita:

El análisis del archivo comporta [...] una región privilegiada: a la vez próxima a nosotros, pero diferente de nuestra actualidad, es la orla del tiempo que rodea nuestro presente, que se cierne sobre él y que lo indica en su alteridad; es lo que fuera de nosotros nos delimita (Foucault, 1997, p. 222).

La tarea arqueológica supone una revisión radicalmente nueva del dato histórico, que enrumba hacia la labor de diagnosis, de hacer una «ontología del presente». Una mirada que no comulga con la forma ortodoxa de hacer las cosas.

Foucault no quiere relacionarse con la «sincronía masiva», mucho

menos con formas que sean dadas «globalmente de una vez para siempre». No quiere hablar del «gran discurso universal que sea común a todos los hombres de una época». Lo que capta su atención es «la diversidad de los niveles posibles de análisis» porque «se podía establecer una descripción específica de los enunciados, de su formación y de las regularidades propias del discurso», que evidenciaría su particularidad y temporalidad. Quiere «mostrar las diferencias», no excluir al sujeto, sino definir «las posiciones y las funciones que el sujeto podría ocupar en la diversidad de los discursos» (1997, p. 335). En otras palabras, en esta transformación del «documento» en «monumento», el tiempo experimentado no es ni lineal ni homogéneo, sino que se reconocen en el tiempo múltiples ritmos y tipos distintos de transformación. La historia pierde su forma de relato para ser suplantado por un espacio de simultaneidad y diacronía.

Por otra parte, lo que está en cuestionamiento es la noción del hombre como basamento empírico-trascendental y las ciencias humanas que descansan sobre esta noción (Vázquez, 1995, p. 97). Si socavamos el fundamento científico, tenemos que decir adiós a la concepción empírica de eso que llamamos eufemísticamente «hombre», despedirnos de lo que Casanova (1998, p. 314) llama de forma elegante «la normalidad constitutiva del conocimiento occidental (mismidad)». Llegaríamos a un descubrimiento

poco menos que «tranquilizador». Como lo dice Dumézil,

su mirada [la de Foucault] giraba como un faro hacia la historia y el presente, dispuesta a efectuar los descubrimientos nuevos menos tranquilizadores, capaz de aceptarlo todo, excepto detenerse en una ortodoxia (Georges Dumézil: Comentario en Le Nouvel Observateur, Eribon, 1992, p. 410).

Remover el suelo de las cosas, desvelar aspectos ocultos, es poner en evidencia la conexión de una determinada configuración. La mirada de Foucault es capaz de operar mucha subversión. Expone a la luz pública la evidencia abrumadora de rastros intranquilizadores, que los intereses funcionales han interpretado en determinada dirección. Arreglos convenidos, pactos oscuros, intrigas palaciegas, las sombras de la perversión.

Con la labor crítica, Foucault invita a abandonar las posiciones que ya sabemos, para volver a pensar de nuevo. Así, tenemos «que huir de nosotros mismos». Si la historia la han escrito los vencedores, ahora sabemos que es una historia mal escrita, deformada, ficcionada, editada conforme a ciertos parámetros funcionales. Este poner en evidencia el estatuto de las cosas, es parte del diagnóstico del presente. Casanova opina que a partir de la perspectiva epistemológica del poder de Nietzsche, Foucault concebía la filosofía como «diagnosis».

Volvemos a encontrarnos con Nietzsche, el pensador incómodo (del asilo, dicho sea de paso), que personificado en Zaratustra, baja de la montaña para compartir su mensaje entre los hombres, tan brusco, tan frontal, que hace que el gentío le desoiga y elija la actuación del volatinero (1998, p. 43). Foucault, concebía su trabajo como una «etnología de la cultura», un desvelamiento de la presencia de lo otro (la locura), en «la normalidad constitutiva del conocimiento occidental (mismidad)», lo que entre 1960 y 1970 llamó «arqueología del saber» (Casanova, 1998, p. 314).

Si se trata de que la tarea arqueológica sea una «tentativa histórico política», ésta no se basa exclusivamente en buscar la semejanza entre el pasado y el presente. Al contrario, trastoca la idea del progreso del conocimiento que justificaría nuestro presente. Pone de relieve las contradicciones

mismas inherentes al dato histórico, y no la visión plácida provista por la ideología del progreso lineal y continuo. Así lo reconoce Machado:

la arqueología reivindica su independencia respecto de toda ciencia y se hace crítica de la idea misma de racionalidad [...] la arqueología lleva a cabo una historia de los saberes en la que ha desaparecido todo rastro de la historia del progreso de la razón (1990, p. 16).

La arqueología es una historia del saber, pero sin progreso ni razón. No es razón, es sinrazón. No es historia, es histeria. La historia como progreso de la razón sólo es historia de la infamia (Borges). La arqueología como saber independiente revela que el progreso de la razón, lineal y continuo, se ha disuelto. Esta desaparición de los restos del progreso en la razón, que da paso a la simultaneidad y a la

Email: ist@upoli.edu.ni, Tel: 22494521, Cel: 87868846

Dirigido a:
Va dirigido a todas aquellas personas que estén interesadas en aprender acerca del mundo de la edición fotográfica en general, ya sea principiante o avanzado, aficionado o profesional, etc.

Ps
PHOTOSHOP
CS3

Ai
ILLUSTRATOR
CS3

ID
INDESIGN
CS3

COMBO ESPECIAL
DISEÑO GRAFICO

 **Universidad Politécnica**
de Nicaragua

 **INSTITUTO SUPERIOR DE TECNOLOGÍA**
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE NICARAGUA

Pronto a dar Inicio
Inversión: \$300
\$100 por Módulo
Duración: 2 meses

diacronía, se sustituye por objetivos ligados a las luchas del presente. Se trata de «la posibilidad de definir actualmente objetivos tácticos y estratégicos de lucha» (Foucault, 1998, p. 171).

Con el concepto de arqueología, se pone «en tela de juicio [...] la idea de un método inmutable, sistemático y universalmente aplicable» (Machado, 1990, p. 28). La palabra arqueología «designa únicamente una de las líneas de ataque para el análisis de las actuaciones verbales» (Foucault, 1997, p. 347). Indica, además, que según sea posible «constituir» una teoría general de las producciones, «la arqueología como análisis de las reglas propias a las diferentes prácticas discursivas, encontrará lo que se podría llamar su teoría envolvente» (1997, p. 348). La arqueología busca nombrar el «pensamiento de antes del pensamiento».

Cuando el arqueólogo se dedica a desenterrar, procura escarbar las bases, lo continuo en el comportamiento, en las relaciones de poder o en las condiciones de existencia. Al ser producto histórico, estas bases se constituyeron en un momento dado, sustituyeron a otras, se perpetuaron, y están actualmente escondidas bajo otras producciones, «o se han hecho parte de nuestro cuerpo y nuestra existencia» (Foucault, 1998, p. 171).

La función del análisis arqueológico es triple:

Descubrir las continuidades oscuras enraizadas en nuestras prácticas cotidianas que conforman la familiaridad del paisaje.

A partir del estudio de su formación, comprobar la utilidad que han tenido o siguen teniendo; y determinar a qué sistema de poder están ligadas estas bases o continuidades, y por consiguiente, cómo abordarlas.

Más que establecer relaciones entre el presente y el pasado, la labor arqueológica intenta definir a la vez objetivos tácticos y estratégicos para las luchas actuales

(Foucault, 1998, p. 171).

Como nuevo saber, la arqueología propone una subversión general del dato histórico a partir de los intereses estratégicos de las luchas del presente.

2. La arqueología como método

La comprensión conceptual de la arqueología como «cuestionamiento del saber», se articula de modo inseparable, con la arqueología como «método». La noción de «arqueología» caracteriza bien el método foucaultiano, porque aclara las diferentes articulaciones del saber, articulación que como ya vimos, designa con el vocablo episteme. Desde el punto de vista de la arqueología, hay que decir que la episteme es posible por su «subsuelo», y no por el contenido de la ciencia en sí. Las unidades de análisis de Foucault son en todo caso «abstractas» y «problemáticas». ¿Sobre qué material histórico, trabaja entonces, un arqueólogo del saber? Foucault decide que sea sobre enunciados (énoncés). «Lo que se ha descrito con el nombre de formación discursiva son en sentido estricto grupos de enunciados» (Foucault, 1997, pp. 194, 195). Una formación discursiva articula «la gran superficie de los discursos», dejadas al margen por un «deseo de método»:

La formación discursiva es el sistema enunciativo general al que obedece un grupo de actuaciones verbales, sistema que no es el único que lo rige, ya que obedece además, y según sus otras dimensiones, a unos sistemas lógico, lingüístico, psicológico (Foucault, 1997, pp. 131, 196).

Después de la formación discursiva, ¿cómo podemos definir lo que son los enunciados? Enunciado no es sinónimo de una oración, como la que los niños aprenden en la escuela. No es una frase, una proposición, ni tampoco el acto del lenguaje. El enunciado es una función de existencia que pertenece en propiedad a los signos y a partir de la cual se puede decidir, a continuación, por el análisis o la intuición, si «casan»

o no, según qué reglas se suceden o se yuxtaponen, de qué son signo, y qué especie de acto se encuentra efectuado por su formulación (oral o escrita) (Foucault, 1997, pp. 145).

La tarea radica en «describir relaciones entre enunciados» (Foucault, 1997, p. 51). En otra parte expresa que le interesa «el funcionamiento de los enunciados» (1998, p. 138), que los actos de habla speech acts puedan aprobar una especie de test institucional para constituir un ámbito relativamente autónomo. ¿Qué es analizar una formación discursiva? Significa trabajar con un conjunto «de actuaciones verbales a nivel de los enunciados y de la forma de positividad que los caracteriza». Se busca definir el tipo de «positividad de un discurso» (Foucault, 1997, p. 12).

Foucault pretende caminar hacia los posibles «dominios de aplicación» de su teoría general. Quiere medir «la eficacia descriptiva de las nociones» que ha intentado definir, porque al fin y al cabo, todo tiene una «génesis histórica». Como ya se adelantó, la función del historiador es ir «tras las continuidades oscuras», las que se han enraizado en nuestras prácticas cotidianas y conforman la familiaridad del paisaje, de lo que hemos visto que denomina «estructura paradójica del mundo esquizofrénico»; la «utilidad» que han tenido o siguen teniendo; por último, «el análisis histórico-arqueológico permitiría [...] determinar a qué sistema de

poder están ligadas estas bases o continuidades y, por consiguiente, cómo abordarlas» (Foucault, 1998, p. 171).

Para medir la «capacidad descriptiva» del análisis arqueológico, Foucault marca cuatro principios fundamentales:

La arqueología pretende definir los discursos en tanto que prácticas que obedecen a reglas. Al discurso no se le trata como un documento. La arqueología se dirige al discurso «en su volumen propio, a título de monumento».

La arqueología define los discursos en su especificidad. Busca mostrar en qué el juego de las reglas que ponen en obra es irreducible a cualquier otro; los sigue a lo largo de sus aristas exteriores para subrayarlos mejor: es el «análisis diferencial» de las modalidades del discurso.

La arqueología define unos tipos y unas reglas de prácticas discursivas que atraviesan unas obras individuales. A veces las gobiernan por entero y las dominan sin que se les escape nada; pero a veces también sólo rigen una parte.

La arqueología es una reescritura en la forma mantenida de la exterioridad, una transformación pauta de lo que ha sido dicho y escrito; es la descripción sistemática del discurso-objeto (Foucault, 1997, pp. 225-235).

El ámbito de las cosas dichas es lo que llama el archivo; la arqueología pretende analizarlo metodológicamente (Eribon, 1992, p. 235). Respecto al archivo, Foucault escribe que se tiene en el espesor de las prácticas discursivas, sistemas que instauran los enunciados como acontecimientos (con sus condiciones y su dominio de aparición) y cosas (comportando su posibilidad y su campo de utilización). Son todos estos sistemas de enunciados (acontecimientos por una parte, y cosas por otra) lo que propongo llamar archivo (1997, pp. 218, 219).

La descripción arqueológica trabaja privilegiadamente con las prácticas discursivas. Pone al día la regularidad de una práctica discursiva. Incluso, la arqueología puede constituir «el árbol de derivación de un discurso» (Foucault, 1997, pp. 241, 243, 247). El trabajo de descripción consiste fundamentalmente en captar la singularidad del nivel de homogeneidad enunciativa, lo que la identifica, lo que señala su diferencia. A la vez, define su «coherencia» interna, el establecimiento de ese «brotar» específico. La arqueología describe un nivel de homogeneidad enunciativa que tiene su propio corte temporal, y que no lleva con él todas las demás formas de identidad y de diferencias que se pueden señalar en el lenguaje; y a ese nivel establece una ordenación, unas jerarquías, todo un brotar, que excluyen una sincronía masiva, amorfa y dada globalmente de una vez para siempre [...] hace surgir

con su especificidad períodos enunciativos (Foucault, 1997, p. 249).

Nótese en la cita de Deleuze, el énfasis negativo puesto sobre «las formaciones prácticas no discursivas o de medios» que no forman parte esencial de la relación entre enunciados tras la cual parte el arqueólogo. Como obra, La arqueología marca una inflexión importante en la producción teórica del pensamiento contemporáneo por su triple plegado de «reflexión», «método» y «orientación». Según Deleuze, La arqueología del saber no sólo era un libro de reflexión o de método general, también era una nueva orientación, algo así como un nuevo plegado que actuaba sobre los libros anteriores. La arqueología proponía la distinción de dos tipos de formaciones prácticas, unas «discursivas» o de enunciados, otras «no discursivas o de medios» [...] las dos formaciones son homogéneas aunque insertadas una en otra: no existe correspondencia ni isomorfismo, no existe ni causalidad directa ni simbolización. La arqueología tenía, pues, un papel de articulación: planteaba la firme distinción entre dos formas, pero como se proponía definir la forma de los enunciados, se contentaba con indicar negativamente la otra forma como lo «no discursivo» (Deleuze, 1998, p. 57).

Destaquemos que, en la búsqueda de la relación entre enunciados, la arqueología como «nueva orientación» se ocupa fundamentalmente de cortes, de fisuras, de brechas, «de formas enteramente nuevas de positividad y de redistribuciones repentinas». La arqueología trata de desenredar los «hilos tendidos por la paciencia de los historiadores; multiplica las diferencias, embrolla las líneas de comunicación y se esfuerza en hacer más difíciles los accesos» (Foucault, 1997, pp. 284, 285). Asimismo, la arqueología «muestra distintas posiciones del sujeto» (Lanceros, 1996, p. 59) en la relación enunciativa.

Para Foucault: «la arqueología sería el método propio de los análisis de las discursividades locales» (1992,

p. 24). Lo arqueológico es el «método», la forma de enfocar la dimensión enunciativa. La perspectiva de trabajo investigativo en Foucault es arqueológica porque «buscará tratar los discursos que articulan lo que nosotros pensamos, decimos y hacemos como otros tantos acontecimientos históricos» (Foucault, 1999a: 348). Pero lo que nos interesa es que la «sujeción antropológica» termina fragmentándose en muchos trozos. Como señala Morey:

La arqueología pretende alcanzar cierto modo de descripción (liberado de toda sujeción antropológica) de los regímenes de saber en dominios determinados y según un corte histórico relativamente breve [...] (Foucault, 1996, pp. 14,15).

El arqueólogo del saber no busca de forma simplista sólo la semejanza entre pasado y presente; va a la búsqueda de relaciones que hagan viable la lucha táctica y estratégica del ahora. La tarea arqueológica busca, entonces, provocar la simultaneidad, la diferencia, el suceso, que permanece adormilado en el archivo. Pensemos en los miles de documentos o discursos que permanecen engavetados, de cuyos sucesos guardamos una estricta interpretación. Por ejemplo, en la última de las revelaciones que la Virgen habría hecho a los pastores de Portugal, interpretación que celosamente el Vaticano ha difundido en cierta dirección. En Foucault, este contenido discursivo se desparramaría, se desenredaría el hilo «tendido por la paciencia de los historiadores» de la Santa Sede; se multiplicarían las diferencias, y se embrollarían las líneas de comunicación que se ha esforzado «en hacer más difíciles los accesos» a esa discursividad específica.

En fin: la arqueología analiza los discursos ligados a las prácticas institucionales; sitúa a los saberes como piezas de relaciones de poder y les incluye dentro de un dispositivo político. De momento baste decir que la arqueología «realiza un doble desplazamiento de criterios: de la ciencia al saber, y de la actualidad a la contemporaneidad». Con la categoría arqueológica,

Foucault «pone en tela de juicio [...] la idea de un método inmutable, sistemático y universalmente aplicable» (Machado, 1990, pp. 18, 25, 27, 28).

Con poca evidencia, se comprueba que el análisis arqueológico de Foucault, no se inspira en la idea de fundar una «disciplina más o menos científica», según los parámetros a los que estamos acostumbrados. Lo otro es que el análisis arqueológico «no tiene nada que ver con el arte». De hecho hablamos de una actividad, no de una disciplina;

es una «actividad esencialmente histórico política». Foucault está convencido «que la historia puede servir a la actividad política y que ésta a su vez puede servir a la historia» (Foucault, 1998, p. 170).

Hay quien afirma que «el método arqueológico aparece como argumento débil, como andamio inestable para sostener el edificio teórico-crítico –acaso de forma titubeante– desde sus primeras obras [las de Foucault]» (Lanceros, 1996, p. 78). Frente a este desfase terminológico, se puede

decir que la fase arqueológica de método o «estructural» prepara la intervención táctica de la fase genealógica. Aunque, como señalan Dreyfuss & Rabinow (1983, p. 196), la tarea arqueológica seguirá siendo válida mientras sea necesario demostrar la discontinuidad y los cambios de significado; o sea, mientras se justifique una «función purificadora» en todo análisis discursivo.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión: la arqueología sería una herramienta analítica interesada en los «fenómenos de ruptura», «los juegos de diferencia». Como «cuestionamiento del saber», dicha herramienta demuestra las «condiciones de aparición de las cosas». El problema en general se resume en «la revisión del valor del documento», expresión codificada del discurso producto de la ideología dominante. El historiador buscaría detectar «la incidencia de las interrupciones». Lo crítico apunta a «reconstituir» el pasado del que emanan dichas interrupciones, ahora desvanecido.

El potencial de este «reconstituir», de esta «interrupción», es su validez actual. Lo que se propone, es la subversión general del dato histórico, a partir de los intereses estratégicos de las luchas actuales. La arqueología sitúa a los saberes como piezas de relaciones de poder. Les incluye dentro de un dispositivo político. Esta revisión se encamina hacia la labor de diagnosis. El arqueólogo no busca sólo la semejanza entre pasado y presente. Busca relaciones que hagan viable la lucha táctica y estratégica actual. Por su parte, la genealogía, es «táctica» que «hace jugar “éstos” saberes». Pero de este otro tema, nos ocuparemos en otra oportunidad.